

TIGRES DE PAPEL

Traducción de Gerardo Deniz

**T**. Según su asesor inglés, el marajá de Rewa tenía una manera suya de cazar tigres: "Halló que lo más cómodo para matar tigres consistía en llevar un libro y un mono atado con un cordel largo. Se sentaba en el *machan* [una plataforma en los árboles] y soltaba el mono, que de inmediato trepaba a las ramas más altas. Entonces daba él la señal para que comenzase la batida y se ponía a leer. En cuanto el tigre se acercaba, el mono lo descubría y emitía el tosiqueo con el cual todos los monos advierten a la gente de la selva que "Sher Khan" —el tigre— anda rondando. Entonces Su Alteza dejaba en seguida el libro y empuñaba el rifle". Al volver una página, la aparición de un tigre:

I. Berggasse 19, 10 de marzo de 1933: H.D., una de las últimas pacientes de Freud, describe sus sesiones con el profesor:

Cosa curiosa, mi fantasía me presenta un tigre. ¿Yo misma como tigre? Este tigre puede abalanzarse. ¿Y si atacase al viejo profesor, frágil y débil? ¿Temo mis propios terrores de la situación presente, que la "fiera" al acecho bien pudiera destruirlo? Menciono este tigre como una fantasía infantil, pasada. ¿Y si en verdad se materializara? —"Tengo quien me proteja" —contesta el profesor.

Señala a Yofi, la leoncita enroscada a sus pies.

Y pocos días después:

Volví a hablar de nuestros animales de juguete, y él me recordó mi fantasía del tigre. ¿No había una historia de "la mujer y el tigre", preguntó. Yo recordaba "La dama o el tigre".

G. Un rey inventa un peculiar sistema de administrar justicia: colocan al acusado en un amplio ruedo, ante la plebe reunida, para que abra una de dos puertas idénticas. Detrás de una hay un tigre que saltará y lo hará pedazos, estableciendo así su culpa. Detrás de la otra, una dama "de lo más adecuada a su edad y condición", con la cual deberá casarse de inmediato, en premio a su inocencia. ("No importaba que tuviese ya esposa y familia, ni que retuviera sus afectos, un objeto elegido por él mismo. El rey no iba a dejar que semejantes minucias se interpusieran en su gran proyecto de retribución y premio.") Así que el acusado debía "abrir una u otra, sin tener la más mínima idea de si un instante después sería devorado o desposado."

Como podría esperarse, el rey tiene una hija, que se enamora de un guapo plebeyo. Enterado de esta trasgresión, el rey declara que hay que mandar al muchacho al ruedo.

Para una de las puertas buscan el tigre más feroz de la comarca; para la otra, la doncella más bella —más, a decir verdad, que la propia hija del rey.

Antes de la prueba, la muy taimada averigua el secreto de las puertas y cuando el joven sale al ruedo, ella le hace una señal con la mano derecha. El abre en el acto la puerta de la derecha... Pero ¿qué sería peor para esta "princesa semibárbara de ardiente sangre", ver a su amado hecho jiras o felizmente casado con una mujer aún más codiciable que ella? ¿Qué significaba su señal?, o bien, como acaba el cuento: ¿qué salió de la puerta, la dama o el tigre?

R. "¿La dama o el tigre?" de Frank Stockton, publicado primero en *The Century Magazine* en 1882, se volvió en seguida una obsesión internacional. Por entonces, los finales indecisos no resultaban modernos sino agravantes, y Stockton vivió sus últimos veinte años asediado por soluciones, continuaciones y amenazas. Entre estas últimas estuvo cómo Rudyard Kipling lo embromó en perfecto estilo angloindio, según narraba *Wave*, de San Francisco, en 1896:

Stockton y Kipling se conocieron en la recepción de un escritor, y después de un poco de charla comentó el primero: "—A propósito, Kipling, se me ha ocurrido ir a la India algún día." —"Hágalo, querido amigo!" —contestó el señor Kipling con cordialidad sospechosamente cálida— "¡venga lo más pronto que pueda! ¿Y sabe usted, dicho sea de paso, lo que haremos cuando lo tengamos allí, lejos de sus amigos y familiares? Pues bien, lo primero será atraerlo a la selva, donde lo capturarán y atarán nuestros fieles sirvientes. Entonces lo tumbaremos de espaldas, con uno de nuestros mayores elefantes encima, balanceando una ancha pata delantera sobre su cabeza. Entonces diré con mi tono más persuasivo: '—Vamos a ver, Stockton, ¿qué fue? ¿la dama o el tigre?..."

Y la señora Stockton anotó esta risible escena en su diario:

La señorita Evans, nuestra sobrina, nos escribió que una misionera que la visitó en su puesto misionero entre los Karen [un pueblo del sudeste de Birmania] le contó que acababa de estar con una tribu Karen salvaje y remota, visitada de tarde en tarde por los misioneros, y que de inmediato le preguntaron, para sorpresa suya, qué había salido por la puerta: ¿la dama o el tigre? Su explicación era que algún visitante anterior les habría leído el cuento, por parecerle cuadrar con su fantasía; y en vista de que ella les llegaba del mundo exterior, se figuraron que podría contarles el desenlace.

Los hombres solían inclinarse por la dama, las mujeres por el tigre. Robert Browning fue una excepción al declarar que no sentía "ninguna vacilación al suponer que semejante princesa, en tales circunstancias, remitiría a su enamorado a la puerta del tigre". A decir verdad, el lapsus de Freud fue oportuno: se trata de una proposición de "y", no de "o". La opción entre dama o tigre —"devorado o desposado"— casi no la tomaban como tal los lectores. Como escribió en 1895 un tal W.S. Hopson, de San Francisco:

Cuando mi mujer se enoja,  
mientras crece su furor  
pienso en la dama y el tigre  
y gimo: elegí los dos.

E. Unos años después de la muerte de Stockton, *Thres Weeks* (1907) de Elinor Glyn se vendía como pan caliente; su éxito era debido en gran medida a una famosa escena de seducción sobre un tapete de piel de tigre:

Paul entró de la terraza. La más adorable de las visiones: frente a la lumbre, del todo estirado, se hallaba su tigre y encima, extendida también cuan larga era, estaba la dama...

"¡No, Paul, no te me acerques...! Aún no. Me trajiste el tigre. ¡Qué bien estuvo! ¡Mi tigre hermoso!" —y onduló como una serpiente, disfrutando al sentir la pelambre debajo de ella, mientras tendía las manos y acariciaba aquel ser allí donde el pelo se tornaba blanco y negro, en el flanco, y era espeso y suave.

"—¡Hermoso, hermoso!" —ronroneaba ella. "Conozco todas tus sensaciones y pasiones, y ahora tengo tu piel para goce de mi piel." Y volvió a estremecerse como una serpiente.

El pelo de tigre es, ay, corto y áspero, y un encuentro encima causaría escozor. Pero el libro de Glyn aprovechó con eficacia la fusión de dama y tigre en la imaginación popular. Inspiró asimismo unos versos ramplones anónimos (que en inglés ayudan a recordar la pronunciación justa del apellido de la escritora):

¿Usted pecaría  
con Glyn Elinora  
sobre una piel de tigre por alfombra?  
¿O preferiría  
correrla  
con ella  
sobre otra pelleja?

T. Tigre, mujer, pasión. El pecado de Glyn tiene rancio abolengo, pues el tigre siempre ha sido hembra ante todo y macho luego.

Los primeros tigres mencionados en la tradición occidental fueron los presentados a Seleuco I (reinó entre 312 y 280 a.C.). (Alejandro vio, por supuesto, tigres en Persia.) En la poesía latina, *tigris* es siempre femenino (la palabra significa "flecha" y aludía a la celeridad del animal y del río); lo que la pintura romana representa son casi siempre tigras. La hembra suele figurar junto a un león macho, de modo muy parecido a como la "leona" Yofi de Freud tenía a raya al tigre de H.D. Del carro de Baco tiraba una pareja así. Tal distinción la articula Keats en "Hyperion" hablando de "pasión de tigre, pensamiento de león". (Análogamente, los gatos de las Bronte se llamaban "Tigre" y "Guardián".) Todavía en el siglo XVIII se creía que la manera de capturar un cachorro de tigre —único modo de agregar tal animal al zoológico de uno— era la descrita por Claudiano cerca de 2000 años antes: róbese el cachorro y, cuando la madre se lance a perseguir, pónganse espejos en el camino: su vanidad femenina es tal, que se quedará mirando arrobada al espejo y olvidará su cría.

En China el tigre era originalmente *yin*: asociado al mundo subterráneo y al oeste (por donde el sol entra en dicho mundo). En el sistema *feng-shui* de geomancia está apareado con el dragón verde *yang*. (Más tarde los budistas trostrocian los géneros de la pareja tigre-dragón verde, recalando la nobleza *yang* del tigre y señalando muy acertadamente que los tigres llevan en la frente el carácter *wang*, "rey": E.) La descripción por Wordsworth (en *The Prelude*) del París jacobino, "indefenso como un bosque donde vagan tigres", pudiera deber algo a la caracterización virgiliana de Roma como "un yermo de tigres". Pero ambas coinciden con una trillada metáfora china de la sociedad corrupta y enferma: un tigre (*yin*) entre los bambúes (*yang*), lo oscuro dentro de lo claro.

El más importante es el monstruo-tigre chino, el *tao tie* ("el glotón"), prominente nada menos que desde la dinastía Shang. El *tao tie* es un devorador y casi siempre aparece en el arte funerario; a veces la urna misma donde se pone el cadáver tiene forma de tigre. Es la tierra comiéndose al muerto para ofrecer nutrimento a los vivos —algo muy análogo al "sarcófago" griego, que significa "comecarne". (En las Américas precolombinas, donde no había tigres, el jaguar era su equivalente exacto: una imagen terrífica, geminada en Mesoamérica con el símbolo celeste de la serpiente emplumada, y en Sudamérica representada comúnmente en las urnas funerarias. La ciudad entera de Cuzco se extendía en un principio en forma de jaguar —una especie de necrópolis viviente, *polis* como afirmación de muerte y vida.)

Aunque frecuente en el viejo arte de Harappa, en el valle del Indo, pocas veces se ve la figura del tigre en la India hasta su masculinización en tiempos mogoles, lo cual es harro singular, si se considera que el hinduismo propendía a hallar usos metafísicos para casi todos los objetos indígenas. En la iconografía hindú aparece sólo de vez en cuando como vehículo de Durga, la terrorífica diosa destructora. No hay, por ejemplo, tigres en el *Tesoro* de Vidyakara (la gran antología poética sánscrita), donde está representado tanto de la vida hindú. Pero entre las tribus selváticas el tigre era una presencia activa como madre devoradora, madre fecunda. "En Akola —escrive William Crooke en 1894—, a los hortelanos les disgusta informar a los deportistas por dónde

anda el tigre que se les haya establecido en la plantación, pues, según una superstición suya, una huerta pierde la fertilidad en cuanto es muerto uno de estos animales." Y entre los Gond las ceremonias matrimoniales se señalaban por la aparición de "dos endemoniados poseídos por Bagheswar, el dios-tigre", quienes "caían vorazmente sobre un chivato asustado y lo mataban a dentelladas".

I. Rachel Blau DuPlessis, explicando uno de sus poemas, escribe:

En "Crowbar" la discusión entera concluye en equilibrio en la duplicación de dos palabras: *hungry* y *angry*, tendida hacia la rara terminación *-ngry* que comparten. *Hungry*, "hambrienta", significa complicidad con la construcción cultural psíquica de mujeres bellas, seductoras y seducidas; *angry*, "colérica", significa crítica de ello mismo.

G. Mujer hambrienta, mujer colérica: destructora, devoradora, nutricia: imágenes tigrinas todas. Es curioso en tal contexto leer dos enigmáticos poemas de Emily Dickinson acerca de los tigres:

566

Un Tigre muriente— imploraba de beber—  
Busqué por toda la Arena—  
Capré el Goteo de una Roca  
Y lo llevé en mi Mano—

Sus Poderosas Bolas— densas en la muerte—  
Mas indagando— logré ver  
Una Visión en la Retina  
De Agua— y de mí—

No fue mi culpa— que me apuré lento—  
No fue su culpa— que murió  
Cuando yo a él llegaba—  
Lo fue— el hecho de estar muerto—

872

Conforme el Maelstrom Famélico envuelve las Flotas  
Conforme los Buitres importunaban  
Fuerza las Proles en solitarios Valles  
Conforme el Tigre se aplacaba

Por una Miaja sola de Sangre, ayuna Escarlata  
Hasta que halle un Hombre  
Golosina ornada de Venas y Tejidos  
Y comparte— su Lengua

Lo enfría el Bocado de momento  
Se torna más feroz cosa  
Hasta que aprecie sus Dátiles y Cacao  
Nutrimiento mezquino

Yo, de mejor Hambruna  
Juzgo mi Cena seca  
Si no por una baya de Domingo  
Y un Ojo Tórrido.

R. No hay tigres en la Biblia y, a falta de una iconografía establecida, Occidente tuvo que inventar su tigre alegórico.

Shakespeare compara con un tigre a la homicida reina Margarita (en *La tercera parte de Enrique VI*), y hace a Romeo expresar su rabia con imágenes *jin*:

Salvajes son el momento y mis propósitos,  
más feroces e implacables son, con mucho,  
que tigres famélicos o el mar rugiente.

Pero usa también el tigre en su papel masculino, hoy familiar: símbolo del valor militar. (Casi todos los ejércitos del mundo se adornan con imágenes del tigre.) Enrique V, en su arenga "Una vez más en la brecha, amigos queridos":

Mas cuando la ráfaga guerrera atruena los oídos,  
imitad, pues, el proceder del tigre:  
atiesad la fibra, conjurad la sangre,  
cubrid la grata faz con espantable rabia,  
dad al mirar terrible aspecto...  
¡Dientes desnudos, narices dilatadas,  
reteniendo el aliento, forzad todos los ánimos  
a su cabal altura! Adelante, ingleses nobilísimos...

E. La imagen del tigre para los occidentales sufrió una alteración permanente en el siglo XVIII en virtud del reinado del monarca mogol Tipu Sultán (1750-1799), quien se hacía llamar el Tigre de Mysore y encarnaba a la perfección la pesadilla del despota oriental.

Moralista rígido, Tipu abolió la poliandria e instituyó su versión de la ley coránica. Modificó el calendario y todas las pesas y medidas; rebautizó todas las ciudades y aldeas. Fomentó las artes y empresas comerciales, reformó hasta el menor detalle de la existencia cotidiana, desde el modo de funcionar los mercados hasta la manera de plantar y alzar las cosechas. Anotaba sus sueños en un libro. Por las noches dormía en el suelo sobre un trozo de lienzo burdo, y cada mañana desayunaba sesos de gorriones machos.

Mandaba un ejército de 140 000 cabezas, que habían jurado exterminar a los ingleses. Los prisioneros eran sometidos a torturas particularmente grotescas: aceite hirviendo, artefactos especiales para cortar la nariz y el labio superior. Su castigo más brillantemente insidioso transformaba al enemigo en el Otro: los soldados británicos eran obligados a cortarse el prepucio y a comérselo.

También era, en su mente, un tigre. Su trono se alzaba encima de un tigre disecado de tamaño natural, con ojos y dientes de cristal de roca; tenía por florones cabezas de tigre incrustadas con rubíes y diamantes; el palio lucía franjas de tigre de oro batido. Sus soldados vestían uniformes atigrados y encerraban a los prisioneros en jaulas de tigre mientras llegaba el momento de echarlos a los tigres. Las recámaras de los cañones eran como tigres, la forma de los morteros era de tigre, los rifles tenían cajas y percutores de cabeza de tigre, en las espadas había tigres grabados o estaban forjadas de metales mezclados en franjas. Había tigres vivos encadenados a las puertas del palacio. Los pañuelos de Tipu eran listados; su bandera rezaba "el Tigre es Dios".

Todo esto causó no poca impresión en Occidente, por decir lo menos. Los periódicos no hablaban de otra cosa: si durante un asedio mataban a una criada vieja, de inmediato era transformada en cuatrocientas bellas vírgenes británicas que se arrojaban contra espadas antes que padecer

estupro por las tropas de Tipu. En Londres, las piezas teatrales sobre Tipu constituyeron una atracción permanente por treinta años. (La primera, *Tipu Sahib o El valor británico en la India*, se estrenó en Covent Garden el 1 de junio de 1791. La siguió al otro año *Tipu Sultán o El sitio de Bangalore*.) Cuando Tipu fue muerto por fin, y su capital Seringapatam tomada por los ingleses en 1798, fue causa de una celebración nacional. "La toma de Seringapatam", pintura de 40 metros de largo de Robert Ker Porter, fue montada en el escenario del teatro Lyceum y hubo multitudes que pagaron un chelín por cabeza por contemplar la grandiosa escena. Wilkie Collins en 1868 añadió un halo al diamante de su novela *Moonstone* haciéndolo proceder del saqueo de Seringapatam, y todavía en 1898 Sir Henry Newbolt produjo un popular culebrón épico acerca de la derrota de Tipu.

El tigre, pues, adquirió una terrible androginia: una ferocidad militar viril dentro de una oscura Otridad femenina oriental. El tigre era, como se lee en *Oriental Sports*, del capitán Williamson, "el objeto vetado del aborrecimiento": un obstáculo al progreso, todo lo que no era blanco, occidental, macho, bueno. Vencerlo, literal y metafóricamente, llegó a ser una obsesión británica. Durante un siglo las historias para muchachos rebosaron de tigres devoradores de hombres. Un corto paso más, y esto de "devorar hombres" se aplicaba a las mujeres.

T. El *tyger* de Blake, de acuerdo con los exégetas, representa la ira, la revolución, la energía y belleza indómitas, la revuelta romántica de la imaginación contra la razón. Su dirección es el Oriente —contraria a la de los chinos, pero evidente para un occidental. Fuego y humo lo acompañan: "luce ardiente", vagando "por el humo derramado en bosques de aflicción", "cegado por el humo" brotado de "las furias salvajes" de su propio cerebro. Numerosos críticos han señalado que "The Tyger", de los *Songs of Experience*, fue escrito en 1793, durante la Revolución francesa, pero era asimismo el tiempo en que los periódicos y teatros se alocaban con relatos sobre Tipu.

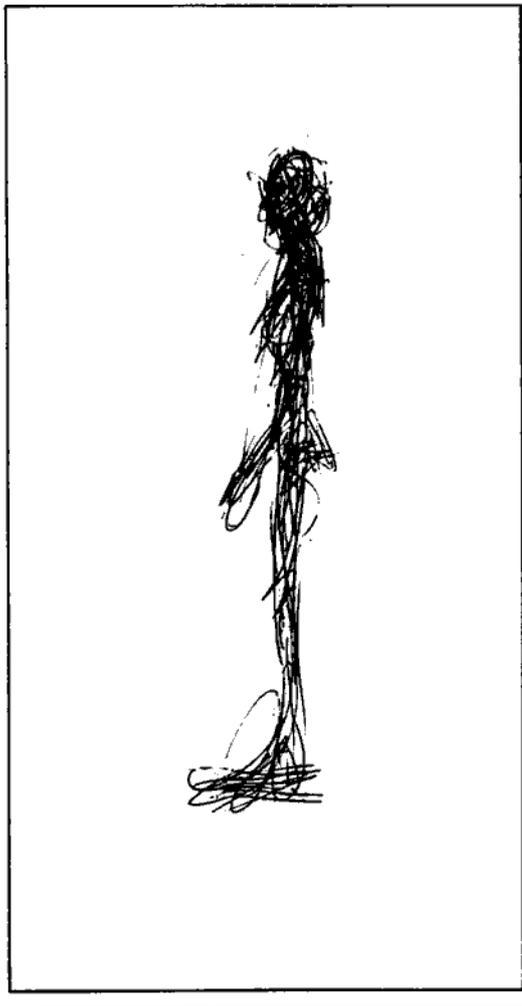
¿Vio Blake alguna vez un tigre de verdad? La casa de fieras de la Torre de Londres fue abierta al público a mediados de siglo (precio de admisión: tres medios peniques o un perro o gato muertos) y con frecuencia presentaba tigres. En 1791 fue adquirido un nuevo espécimen. Y cuando Blake vivía en Fountain Court, en el Strand, pudo darse una vuelta por la Exhibición de Animales Salvajes de Pidcock, donde a menudo había tigres expuestos.

Pidcock y Blake forman dos lados de un triángulo tigrino; el tercero es George Stubbs, el primer pintor de tigres inglés. Su "The Tyger", como señala Kathleen Raine en *Blake and the Tradition*, fue exhibido inicialmente en la Sociedad de Artistas de Gran Bretaña en 1769, en la misma época y en el mismo edificio en que William Blake, de doce años, estudiaba dibujo en la escuela de Para. (Dicho sea de paso, fue Pidcock quien le vendió a Stubbs el tigre muerto que usó el artista para su última obra, que lleva un título sin rival: *Anatomía comparada de humanos, pollos y tigres*.)

Raine comenta el efecto que el tigre pintado debió ejercer sobre el muchacho Blake. No considera, en cambio, la pintura misma: el *tyger* de Stubbs, igual que los demás tigres que pintó, no es una estampa de energía indómita sino un gran

gato echado, noble pero modoso. (En cambio sus leones son siempre representados cometiendo actos terroríficos en un paisaje azotado por la tormenta, como en el famoso "Caballo atacado por un león", hoy en Yale, motivo que Stubbs copió de la estatua romana, copia a sus vez del arte escita.) Y cuando le tocó a Blake ilustrar su "The Tyger", el animal resultó de pasividad y dulzura tan raras, sonriente casi, que algunos amigos se quejaron. La espantable rabia de Shakespeare había quedado cubierta por la grata faz.

No cabe duda de que Blake asociaba los tigres con la ira y la revolución, pero es interesante que trazara su imagen física ateniéndose al cuadro de Stubbs y a los animales medio muertos enjaulados en los alrededores: de fijo pudiera habérsela imaginado de otra manera. (Piénsese en el terror de su pulga.) ¿O el *tyger* de Blake (y de Stubbs) tendrá el propósito de demostrar las posibilidades latentes bajo una apariencia pasiva, como los yoguines, tradicionalmente sentados inmóviles sobre alfombrillas de piel de tigre, o



como los hombres del industrializado Occidente veían a la mujer: un volcán latente? ¿No será la sonrisa blanca del tigre su más aterradora simetría?

I. Es bien probable que Blake hubiese oído de la muerte del hijo de Sir Hector Munro, pues fue la más afamada historia de un inglés muerto por un tigre en el siglo entero. Esta narración apareció en *The Gentleman's Magazine* en julio de 1793, año de composición de "The Tiger":

Imposible es describir el atroz, horrendo y lamentable accidente del que fui testigo presencial. Ayer por la mañana, el señor Downey, de las tropas de la Compañía [de la India Oriental], el teniente Pyefinch, el desventurado señor Munro y yo desembarcamos en la isla Saugor para cazar ciervos. Vimos innumerables rastros de tigres y de ciervos, lo cual no nos disuadió de llevar adelante nuestro deporte, como lo hicimos el día entero. Alrededor de las tres y media nos sentamos en el linderó de la selva, para comer algo de carne fría que nos habían enviado del barco, y apenas nos habíamos puesto a comer cuando el señor Pyefinch y un sirviente negro nos comunicaron que había un espléndido ciervo a escasas seis yardas de nosotros. El señor Downey y yo de inmediato nos levantamos de un salto para coger nuestros fusiles; el mío era el que estaba más cerca y no bien lo había yo asido cuando oí un rugido como un trueno y vi un tigre inmenso que saltaba sobre el desdichado Munro, que seguía sentado. En un momento su cabeza estuvo en las fauces de la fiera, que se precipitó a la selva llevándose con la facilidad que yo levantaría un gatito, abriéndose paso a través de los matorrales y árboles más tupidos, pues todo cedía a su monstruoso vigor. En el acto me asaltaron las angustias del horror, la congoja y —he de decirlo— del miedo (pues eran dos los tigres, macho y hembra). El único esfuerzo de que fui capaz fue dispararle, aunque tenía aún al pobre joven en la boca. En parte confíe en la Providencia, en parte en mi puntería, y disparé un fusil. Vi al tigre vacilar y agitarse, y de inmediato lo anuncié a gritos. El señor Downey hizo entonces dos disparos y yo otro más. Nos retiramos de la selva y a los pocos minutos el señor Munro acudió a nosotros bañado en sangre y se desplomó. Cargamos con él hasta el bote y requerimos todos los recursos médicos del *Valentine*, nave capitana de la India Oriental que estaba anclado cerca de la Isla, pero fue en vano. Vivió veinticuatro horas de tortura extrema; tenía desgarrados y despedazados cabeza y cráneo, y las garras lo habían herido por todo el cuello y los hombros, pero más valió llevarlo con nosotros, aunque sin remedio, que dejarlo ser devorado miembro a miembro. Acabamos precisamente de leer el oficio de difuntos sobre el cuerpo, que arrojamos a las profundidades. Era un joven cordial y prometedor. Debo señalar que a nuestro lado ardía una gran hoguera, de diez o doce árboles enteros, que yo mismo encendí a fin de apartar a los tigres, tal como siempre oí decir. Andaban con nosotros ocho o diez nativos, en el lugar se habían disparado muchos tiros y en aquellos momentos resonaban muchos ruidos y risas, pero la bestia feroz prescindió de todo. La mente humana no puede hacerse idea de la escena, que me traspasó hasta el fondo del alma. La fiera media como cuatro pies y medio de alto y nueve de largo. Tenía la cabeza tan grande como un buey, sus ojos despedían lumbré y su rugido al caer sobre su presa jamás se borrará de mi recuerdo. Apenas se habían separado nuestros botes de la orilla cuando apareció la tigresa, casi enloquecida, que permaneció en la arena hasta que la perdí de vista en la distancia.

Esta escena de la tigresa, la lumbré y lo humanamente inconcebible acaso inspirara en parte a Blake. Con toda

seguridad inspiró a Tipu Sultán. Sir Hector, padre del muchacho (y antepasado de H.H. Munro, "Saki"), era el archienemigo del padre de Tipu, Haidar Ali. Al llegar la noticia de la muerte del joven, interpretada por Tipu, gozoso, en el sentido de que sus congéneres tigres se le unían en la lucha contra los británicos, mandó construir un gran juguete mecánico, hoy en el Museo Victoria & Albert, para conmemorar el acontecimiento. Es un tigre de madera de tamaño natural, agazapado sobre un soldado inglés tendido bocabajo; se dice que cuando se le da cuerda el juguete emite a la vez rugidos y espantosos lamentos. En "The Cap and Bells", Keats lo llamó "órgano de hombre y tigre".

G. Después de la caída de Seringapatam, la caza del tigre representó en la India el criterio corriente para medir el valor y superioridad innata del británico. Y luego que el Imperio impuso la coexistencia pacífica a los principados normalmente en guerra, los marajás sólo podían exhibir su poder y masculinidad en términos británicos. Ninguna visita de un extranjero distinguido a un palacio estaba completa sin una cacería de tigres. A fin de que el huésped no corriese peligro ni quedara descontento, muchas veces los tigres eran drogados de antemano con carne cargada de opio, lo cual garantizaba un tiro seguro e infalible.

George Yule, del Servicio Civil de Bengala, mató 400 y dejó de contarlos. El coronel Rice mató 93 en cuatro años. Montague Gerard mató 227. El marajá de Surguja mató 1150. El marajá Scindia mató al menos 700. Sus huéspedes, cuando menos 200. El marajá de Gauripur mató 500 y dejó de contarlos.

Ya en 1827 un tal capitán Mundy escribía, con ironía involuntaria:

Así, en el curso de un par de horas, y sin perder de vista el campamento, hallamos y matamos tres tigres, caso de buena suerte raro ya en estos tiempos modernos, cuando la difusión de los cultivos y el celo de los deportistas ingleses casi han exterminado la estirpe de estos animales.

R. El tigre de Bali: visto por última vez en 1937; *extinto*.

El tigre del Caspio: visto por última vez en 1957; *extinto*.

El tigre de Java: quedan entre 3 y 5.

El tigre de Sumatra: quedan 800.

El tigre siberiano: quedan 200 en la URSS, menos de 100 en China y las Coreas.

El tigre chino: quedan "muy pocos".

El tigre indochino: quedan 1125, "en rápida declinación".

El tigre indio: quedan 1827 en la India (población estimada allí hacia 1900: 40 000).

Purificado, el tigre aparece como Cristo en el "Gerontion" de Eliot.

E. Los tigres sólo comen gente cuando están muertos de hambre o demasiado viejos o enfermos como para atrapar presas más huidizas. Hay partes de la India donde se cree que los tigres devoradores de hombres no son tigres en absoluto sino personas que se convierten en tigres a fin de comer, para sus fines, homicidios disfrazados. A estos tigres ficticios, comedores de hombres, los reconocen los lugareños, y no menos los habría reconocido Freud: no tienen cola.●